

CONFERENCIAS

La Escuela de Pediatría del profesor G. Arce*

E. SÁNCHEZ VILLARES

Ha pasado casi un mes desde que murió el Prof. Guillermo Arce. Y desde entonces he tenido que hablar públicamente varias veces de mi Maestro. Ante mis alumnos de la Facultad el mismo día 22 de enero, haciéndoles partícipes, con dolor difícil de ocultar, de lo que significó el ejemplo de su vida. Pocos días más tarde traté de explicar a los jóvenes pediatras de nuestra Escuela Profesional de Valladolid, el secreto de una obra médica tan fecunda y llena de realizaciones que sigue nutriendo a los que allí trabajamos unidos por un mismo afán. Hace diez días, en el homenaje que le rindió el Colegio Provincial de Médicos de Santander, para hacer ver a los montañeses que con ellos compartimos, los que no lo somos, su admiración ante las cualidades de un hombre de singular condición.

Colaboro hoy muy honrado en este acto que, con carácter nacional, dejará constancia de lo que significa la pérdida para la Pediatría y la Medicina de toda España de una de sus figuras más auténticas y de excepcional valor.

Ni en anteriores ocasiones ni en ésta, por supuesto, me será posible superar el estado emocional que en mí provoca el tener que hablar de Arce. Mi vida ha permanecido muy ligada a la suya desde que le conocí hace algo más de un cuarto de

siglo. El decidió mi futuro profesional y despertó mi vocación docente. A él me unieron lazos de entrañable afecto, nacidos en una amistad que tuve siempre como regalo del cielo.

Al ocupar esta tribuna deseo agradecer, en nombre de todos sus alumnos, discípulos y colaboradores el cariño que ha puesto la Asociación de Pediatras Españoles en organizar esta Sesión. Y, como uno más entre los de su Escuela, trataré de esbozar lo que significa ésta, dentro de su vida y obra médicas. Procuraré ser lo más objetivo posible. Para los que le conocieron sobran adjetivos. Para los que sólo oyeron hablar de él, quizás mis palabras suenen a canto elegíaco. Puede que así les parezca, pero unos y otros ya supondrán que no me es posible actuar como expositor indiferente de unos acontecimientos, de los que siendo en parte co-protagonista han quedado muy sustancialmente unidos a mí mismo.

En la vida y en la obra de G. Arce, unidas armónicamente la una con la otra, cabe distinguir cuatro etapas. La *formativa*, abarca desde 1918, en que comienza sus estudios médicos, hasta que concluye la especialización diez años después. La de *madurez*, se inicia en 1928, cuando dirige el primer servicio hospitalario y termina con su incorporación en 1943 a la Univer-

* Intervención en la Sesión Necrológica en homenaje y memoria del Profesor G. Arce Alonso, organizada por la Asociación de Pediatras Españoles. Madrid, 17 de febrero de 1970.

* Esta conferencia impartida en el I Memorial G. Arce ha sido financiada por Nestlé A.E.P.A.

sidad. La de *creación*, iniciada e inseparable de las anteriores, se concreta en sus logros más importantes, desde esta última fecha hasta 1953. La última o de *adaptación*, llega hasta un día de enero de este año.

Durante la etapa de formación caben destacar varios hechos. Durante los años 1918-24, los de su Licenciatura médica en Valladolid, encuentra a un Maestro que dejará en él huella perdurable. Me refiero al Prof. D. Enrique Nogueras, Catedrático de la asignatura «Enfermedades de la Infancia». Clínico sagaz, cirujano infantil de muy amplia formación, generoso, cordial e íntegramente dedicado a la docencia, inicia a Guillermo Arce en los principios básicos de la Pediatría. En sus clases, a través del trabajo de hospitalización, en el quirófano, y con su propio modo de ser, queda decidido el futuro del joven estudiante. La muerte del Prof. Nogueras, el año 1925, a los 43 años de edad, deja indeciso al recién licenciado. Pero ello va a servir para proporcionarle una experiencia que probablemente no hubiera vivido de no malograrse su Maestro. Durante los años 1924-26, junto a su tío Nicolás Alonso T. Ezcurra, es médico, en Muriedas, capital del Ayuntamiento y valle de Camargo, en Santander. Allí trabaja Arce intensamente y gana extraordinario prestigio por sus éxitos en la asistencia médica-quirúrgica de los niños. También aprende algo, que siempre fue en él destacada condición: su amor hacia las gentes sencillas y su identificación con las necesidades y problemas de los modestos.

Su formación pediátrica se completa en Madrid, durante los años 1926-28. Lo que significa su paso por el Hospital del Niño Jesús y por la Escuela Nacional de Puericultura, ha sido ya señalado. Pero recalquemos que, junto a las enseñanzas que recibe de don Santiago Cavengt y el Prof. E. Súñer, contribuyen a su forma-

ción pediátrica otros jefes de Servicio y en especial su propio hermano Manuel, que como más tarde Francisco, condicionarán una muy importante influencia recíproca entre todos los Arce. Pero de ello y de su provechosa convivencia con Cárdenas, Barneto, Garrido, Lestache, Aldecoa, Rumayor, etc., no soy el más indicado para hablarles.

Consolidada su formación pediátrica, se inicia la segunda etapa. En 1928 gana las oposiciones a Jefe de los Servicios de Pediatría del Hospital de Lérida. Permanece un año en esta ciudad catalana, plenamente entregado a una labor que le permite ganar infinitos admiradores, y de la que siempre guardó Arce inolvidable recuerdo. Aprende allí el sentido de la responsabilidad que se requiere para llevar con eficacia y honestidad un servicio de hospitalización. Un año después, 1929, oposita y gana la plaza de Jefe de los Servicios Pediátricos del Jardín de la Infancia de Santander. En dicha ocasión dicta una lección fuera de lo común. Su contrincante, excelente amigo mío y gran pediatra el Dr. Pedro de Castro, actual Director de los Servicios de Puericultura de Logroño, que hizo una brillante oposición, queda convencido de haber sido testigo del nacimiento de un nuevo Maestro. Este mismo año, le encomiendan la Dirección de los Servicios de Puericultura de la Casa de Salud Valdecilla. Con ello han quedado sentadas las bases para poder iniciar una labor que no se hace esperar.

Dota de Laboratorio propio al Jardín de la infancia, que pone en marcha el Dr. Gerardo Clavero, y que dirige desde 1930 hasta ahora, el Dr. M. Merecilla. Se incorporan sus primeros colaboradores: De la Lastra, Santiago Moro, A. Gómez Ortiz y Gómez de la Casa. Desde 1932, Ramón M. de la Calzada. Tras ellos, centenares de pediatras de toda España que van a encontrar en los Servicios que dirige Arce,

un Maestro y una Escuela de postgraduados con óptimas condiciones para el aprendizaje. Tampoco es posible que nos detengamos en esta etapa, pero no me resisto a la tentación de recordarles lo que significa el sentido de la continuidad de la obra allí realizada. El archivo del Jardín de la Infancia, guarda 60.000 historias de los niños que pasaron por su Consulta y 18.000 de los que estuvieron internados. Cuarenta años más tarde, continúan allí, los colaboradores que se habían incorporado en 1930: Merecilla, Gómez Ortiz y Calzada.

Al año de incorporarse al Jardín, publicó Arce su primer trabajo científico. Las revistas vieron surgir, seis más, en los años 1930 al 1932. Durante los veranos se organizan cursos monográficos a los que asisten médicos de todas partes. En el Jardín de la Infancia y en la Casa de Salud de Valdecilla, han quedado millones de horas de trabajo los muchos pediatras que allí aprendieron lo que saben y un determinado modo o estilo de llevar sus conocimientos a la práctica.

Lo que sigue es el lógico fruto de cuanto antecede. El año 1934, Arce gana las oposiciones a Puericultor del Estado. Ese mismo año, diez después de concluir la carrera, cinco más tarde de comenzar su labor docente en Santander, cuando en su cuenta vital suma 33, accede a la Cátedra universitaria.

Su prestigio ha rebasado los límites provinciales y regionales. En 1935 es designado ponente oficial del V Congreso Nacional de Pediatría que preside el Prof. E. Súñer, en Granada y que organiza el Profesor García Duarte, otro de los catedráticos prematuramente malogrados. Su muerte acaece cuando tenía 42 años. En aquella ocasión, Arce redacta su trabajo «Orientación de la Puericultura en España» con problemática que supera en significado y trascendencia el valor de las pu-

blicaciones clínicas anteriores. En 1933 se publica la tesis doctoral de Calzada, último empeño científico, que precede al inevitable lapso de inactividad que va a imponer la contienda civil.

Tras ésta, otra vez se reagrupa en Santander el núcleo de sus colaboradores iniciales al que se añaden otros nuevos: Ortiz de la Torre, Pereda, Morante, Vergara, Ugalde, Parra, Gangoiti, Collado, etc. Su Escuela adquiere una pujanza cada vez más manifiesta.

Llegamos así a la tercera etapa, la más fecunda y creadora, pero de la que hay muy abundantes muestras en los dos períodos anteriores. El año 1943, se incorpora a la Universidad. Durante el 1943-44, dicta su primer curso académico en Salamanca. Fui su alumno en el mismo. Y del período que allí se inicia es del que principalmente voy a hablarles.

Su labor en la Cátedra, está impregnada por las mismas constantes que han sido patentes en su previa labor docente santanderina. Arce, se entrega en forma absoluta a la enseñanza de sus alumnos, a la labor hospitalaria, al estudio y al trabajo. Surgen los primeros pediatras de Salamanca por él formados, que en lo sucesivo y durante 20 años enriquecen su Escuela.

En 1944, se le encarga la organización del VI Congreso Nacional de Pediatría, en Santander. Asisten a él los Catedráticos de toda España: Martínez Vargas, Rodrigo, Llorente, Zamarriego, Sala, Ramos y Laguna. Con ellos, todas las figuras ilustres del país y unos mil pediatras, que reanudan tras la guerra, sus reuniones con carácter nacional. En aquel Congreso que alguien ha llamado el «Congreso de Arce», sus colaboradores hacen 22 comunicaciones. Citemos los nombres de Alonso de la Torre, P. V. Alvarez, A. Calderón, R. M. de la Calzada, Castellanos, Collado Otero, P. Cuadra, A. Fuentes Suárez, G. Gangoiti,

M. Montes, C. Ortiz Pérez, D. Ortiz de Uriarte, M. Parra, F. Pereda, J. Presmanes de la Vega, M. Sánchez, A. Ron, C. Ugaldé, J. de la Vega que en unión de Arce fueron autores de tales trabajos y junto a ellos, el grupo de colaboradores que formaban Cordero, Gómez de la Casa, Gómez Ortiz, Morante, Presmanes, Solís, Caigal y Vega Hazas.

Dos años después se crea la Escuela Departamental de Puericultura de Santander, otro de sus muy importantes logros. Allí se han formado en sus vertientes preventivas y sanitarias, infinidad de médicos que posteriormente alcanzan el título de Puericultores del Estado. Unos veinte, dispersos por toda España, desempeñan en la actualidad sus cargos en las Jefaturas Provinciales.

El año 1949 convoca de nuevo a los pediatras del país para el *VII Congreso Nacional de Pediatría de Sevilla*. La Escuela de Arce acude en bloque. Quizá sea éste uno de los momentos estelares. En colaboración con su maestro o independientemente, se hacen cerca de 50 comunicaciones. Los libros de Actas, que recogen las mismas, inscriben junto al nombre de viejos discípulos, otros nuevos, o novísimos: Eizaguirre, Hoyos, Seisdedos, de la Infesta, Trocóniz, Arenas, Vázquez, Gallart, De la Corte, Santos Bessa, Navarro, María Luisa Aguirre, Luque, Federico Martínez, López Berges, Buitrago, Guevara, Alzola, Mariño, Pons, Pita, Amor, Merino de la Monja, Collado Otero, y el que esto os dice que allí hizo sus dos primeras comunicaciones científicas, firmadas en colaboración con Arce.

El grupo de los colaboradores es no sólo ya muy numeroso, sino que está impregnado del estilo, inquieto y constructivo, de su maestro. Con actividad incansable, elaboran tesis doctorales: unas veinticinco, según mi cuenta, sin duda incompleta. Concurren a los premios nacio-

nales, que ganan uno y otro año. Durante los cursos 1948-49, 49-50 y 51-52, Carlos Vázquez logra premios de la Sociedad de Pediatría de Madrid, con trabajos que hoy mismo parecerían actuales: «Exploración funcional del páncreas en la primera infancia», «Las fosfatases en Pediatría» y «La intolerancia al almidón». En el año 1949-50, Rodríguez Vigil con Almeida Piatis, colaborador portugués, logran otro premio de esta Sociedad, con su trabajo «La punción biopsia de hígado en Pediatría».

El ritmo de trabajo, de Arce y su escuela, es realmente difícil de seguir en estos años. Publica números monográficos dedicados a ella, revistas como *Acta Pediatrica Española*. Nuestro maestro da conferencias en Bilbao, León, Madrid, Coimbra, Oporto, Lisboa, etc. Y hace compatible su labor asistencial y de docencia en el Jardín, la Casa de Salud de Valdecilla, la Escuela Departamental de Santander, Santa Clotilde, Salamanca y en su propia casa, donde por las tardes, atiende enfermos que de todas partes llegan allí en busca de solución de sus problemas, con la publicación de sus obras más importantes. Veán ustedes la sucesión cronológica de las mismas. En 1945 aparece «Neumonías en la Infancia». En 1946, «Trastornos nutritivos del lactante». En 1947, el primer volumen de su «Patología del Recién Nacido». En 1948, el segundo, y en 1950, el volumen tercero.

No es posible analizar ahora, el valor que para la Pediatría y la Medicina española han tenido estos libros que se convirtieron en textos obligados de aprendizaje, de todos los pediatras, no sólo españoles, sino de lengua hispana. Que han multiplicado en proporciones difícilmente calculables, la labor de magisterio del Prof. G. Arce. Necesitaría todo el tiempo de esta Sesión para glosar su obra, «Patología

del Recién Nacido», que constituye una de las aportaciones fundamentales a la bibliografía española de todos los tiempos.

Cuando nos detenemos a analizar este período de la vida de don Guillermo se hace inconcebible comprender, cómo en un tan breve plazo, fue capaz de hacer tantas cosas. Y uno llega a pensar, si realmente «se quemó» Arce en la ejecución de una labor superior a sus fuerzas, o si realmente, imprimió este ritmo agotador a su obra, porque presentía que su etapa creatora iba a ser interrumpida.

En el año 1950, asiste al Congreso Internacional de Zurich, pero ya son evidentes los primeros signos de su enfermedad, que aún sobrelleva con esfuerzo, sólo perceptible por los que vivíamos cercanos a él, hasta el año 1953, en que viaja a Alemania para tratar de hallar alivio a una situación cada vez más avanzada. Desde este año hasta 1957, su ritmo se ralentiza, la invalidez física progresó y queda ésta completamente establecida cuando en dicha fecha, la intervención que le realizan en Nueva York, le origina muy serias complicaciones.

Desde aquí hasta el momento final, Arce vive una etapa en la que dicta otra hermosa lección. El, ha hecho válido en forma que se convierte en axioma, el principio biológico que dice «vivir es sobrevivir, y sobrevivir es adaptarse». Y desde su ejemplar compostura y serena resignación, prosigue trabajando en su consulta privada. Desde allí asiste gozoso a la consolidación de su escuela, dotada de una vitalidad y espíritu de continuidad, que no podía ser de otra manera, pues él la había cimentado en forma inamovible. Sus discípulos y colaboradores acceden a puestos de gran responsabilidad. Federico Collado y Carlos Vázquez son Jefes de Servicio y Clínicos en el Hospital Infantil de «La Paz». Rodríguez Vigil dirige los Servicios Pediátricos del Hospital General

de Asturias. López Linares los de la Clínica de la Fundación «Jiménez Díaz». Pedro Víctor Alvarez, los de la Seguridad Social de Gijón. López Collado, los de la Residencia Cantabria de Santander. Manuel Hernández, los del Hospital de Basurto de Bilbao. En esta misma ciudad. Gangoiti, Ladrón de Guevara y otros, se responsabilizan con obligaciones hospitalarias. López Berbes es Adjunto en Salamanca, Sayagués en Zamora y Solís Cajigal en Oviedo, dirigen los Servicios de Puericultura del Estado. En Santander, Gómez Ortiz, Calzada Pereda y J. L. Arce, prosiguen su labor en los Servicios que él dirigió. Sería inacabable esta lista. Me perdonarán si concluyo, señalándoles que Arce vio colmada otra ilusión al conseguir que uno de sus discípulos accediera a la titularidad de una Cátedra de Pediatría.

Unos y otros, perdonad las omisiones, aseguran en el futuro su continuidad, a través no sólo ya de sus muchos hijos espirituales, sino de los que podríamos llamar sus nietos, que se sienten orgullosos de tener una misma ascendencia.

Obligado es recapitular sobre la singular homogeneidad del bloque que constituye su escuela. Y la explicación es bien sencilla. Arce atrajo a los que con él tenían afinidades selectivas. Después, él se entregaba a los discípulos totalmente y las afinidades se multiplicaban. Jamás, entre sus colaboradores ha habido malos modos, ni se dieron los malos entendimientos. Emplazados y embarcados todos en el logro de una obra en común, ésta fue y puede seguir llevándose a cabo sobre la base del respeto mutuo, la ayuda incondicional entre sí, y la admiración hacia un maestro que se daba a sí mismo, pero que nunca dio ni repartió prebendas, cargos, plazas, ventajas ni oposiciones. De aquí también, que cuantos proseguimos su ejemplo tengamos la certeza de que no

hay riesgo ni temor de que se aflojen los lazos que nos unen.

En el fondo y en la superficie, la obra y la vida de Arce es diáfana y sin dificultades para comprender. En su más honda entraña, su secreto no estuvo en su extraordinaria experiencia de clínico, ni en su prestigio de médico consultor, ni en sus facultades de docente, ni en su brillantez de conferenciante, ni en su fecunda de publicista, o en su capacidad de investigador, con ser todo esto muy importante. El secreto de Arce estuvo en su personalidad humana, en su bondad, en su entereza de carácter, en su rectitud y espíritu de justicia, virtudes que le hicieron querido en Villacarriedo donde cursó el bachillerato, en Valladolid donde estudió Medicina, en Madrid, Lérida, Santander y en todas partes. Junto a esto, su generosidad sin límites, su adaptación de su brillante intel-

ligencia a la de los demás, su amor al prójimo, y su constante saber evolucionar y adaptarse al correr de los tiempos, y lo que ellos nos traen, unas veces de contento y otras de adversidad.

Arce, no cabe duda, vino a este mundo a HACER. Y con todo lo que hizo en el terreno médico, jamás le faltó tiempo para cultivar la amistad, estar abierto jovialmente al tiempo que le rodeaba, del que disfrutó con humana curiosidad por todo. Esta lección de humanidad es la que de él hemos recibido. Y en ella nace el apasionamiento que por él sentimos los de su Escuela. La que nos tiene ganados sin previo compromiso, sin reglamentos ni estatutos con el sólo propósito, que cada uno lleva en lo más hondo de su corazón, de seguir adelante en su labor fieles a una norma fundamental: hacer y, con la ayuda de Dios, transmitir a otros lo que él nos dio.